

DEL ESTETICISMO A LA GRACIA

## La conversión de los dandis: cuando el camino de la belleza conduce a Dios

ECCLESIA

18\_05\_2026

*Liliane Tami*



Hay una paradoja fascinante en la historia de la cultura europea: algunos de los cultores más radicales de la estética —los dandis, los estetas, los que adoraban lo bello— acabaron volviendo la mirada hacia Dios. Como si la belleza, perseguida hasta su límite

extremo, revelara su propia insuficiencia y, precisamente ahí, abriera una rendija hacia lo absoluto.

**El dandi nace como una figura de ruptura:** refinado, distante, dueño de sí mismo, a menudo a merced de sus propios vicios y placeres refinados, transforma su vida en una obra de arte. En *À rebours*, Joris-Karl Huysmans lleva esta lógica a su cúmulo: el protagonista, Des Esseintes, se retira del mundo para vivir inmerso en una belleza artificial, construida, exagerada. Pero precisamente este aislamiento estético resulta estéril, casi asfixiante. El culto a la belleza, separado de lo verdadero y de lo bueno, implosiona. No es casualidad que el propio Huysmans, tras haber escrito el manifiesto del esteticismo decadente, emprenda un camino radical: se convierte al catolicismo y se hace oblato benedictino, buscando en la liturgia y en la vida monástica lo que el arte no había logrado darle: una belleza viva, encarnada, salvífica.

**El cambio se produjo de forma progresiva,** a través de un camino interior que encontró su expresión en la novela *En route*, en la que narra su propia conversión al catolicismo como un retorno arduo pero necesario a la verdad. Huysmans no se limitó a una adhesión intelectual: se sumergió en la vida litúrgica y espiritual de la Iglesia, fascinado en particular por la tradición monástica benedictina. Así llegó a convertirse en oblato de una abadía, vinculando su existencia —aunque permaneció laico— a la oración y a la disciplina espiritual de los monjes.

**En él, el paso del culto al artificio al culto a Dios no fue una negación, sino una transfiguración:** la sensibilidad estética, lejos de ser abandonada, fue purificada y se orientó hacia lo sagrado. En sus escritos posteriores, como *La catedral (La cathédrale)*, la belleza ya no es evasión, sino revelación de lo divino. Huysmans muestra así cómo el camino del dandi decadente puede conducir, a través del desencanto y la crisis, a una fe vivida intensamente, en la que el arte y la espiritualidad encuentran finalmente la unidad. Es más, al final de su vida, se convirtió precisamente en oblato benedictino, experiencia de la que habla en su trilogía sobre la conversión.

**En Charles Baudelaire se vislumbra un itinerario análogo, aunque más tormentoso.** El poeta de *Las flores del mal (Les Fleurs du mal)* se asocia a menudo con el mal, la decadencia y la fascinación por el pecado. Sin embargo, en sus poemas late una tensión religiosa muy potente. Baudelaire nunca deja de interrogar a Dios, de evocar el pecado como nostalgia del bien, de percibir la belleza como una herida. La suya es una espiritualidad trágica, que nunca encontró la paz aunque fue real: anhela la fe, como una patria perdida. En él, el dandi no se convierte plenamente, sino que permanece suspendido entre dos mundos, el de la estética y el de la gracia. También los *Scapigliati*

(“Soy luz y sombra; mariposa angelical o gusano inmundo, soy un querubín caído condenado a vagar por el mundo, o un demonio que asciende, fatigando las alas, hacia un cielo lejano”, cantaba Boito...), en sus sufrimientos y depravaciones, anhelaban con insistencia a Dios, aunque sin llegar nunca a convertirse de verdad.

**Jules Barbey d'Aurevilly** fue una de las figuras más fascinantes y contradictorias del decadentismo francés: dandi aristocrático, refinado amante de la elegancia y del escándalo, vivió durante mucho tiempo inmerso en una estética de la provocación y del gusto por la paradoja. Su juventud estuvo marcada por un cierto distanciamiento de la práctica religiosa, sustituida por una búsqueda estética casi absoluta, en la que el estilo se convertía en una forma de existencia. Sin embargo, precisamente esta tensión hacia lo absoluto —que inicialmente vivió en el plano mundano— preparó en él el terreno para un redescubrimiento más profundo de la fe. Su conversión al catolicismo no fue un repliegue, sino una intensificación de su visión trágica y lúcida del hombre. En sus escritos, sobre todo en *Les Diaboliques*, emerge una aguda conciencia del pecado, del misterio y de la gracia, que confiere a sus obras una dimensión teológica subyacente. Barbey nunca abandonó del todo el gusto por lo dramático y lo sensacional, pero lo transfiguró a la luz de una fe vivida como lucha y revelación: el dandi se convirtió así en testigo inquieto de un catolicismo ardiente, capaz de leer en los pliegues oscuros del alma humana los signos de una verdad más elevada.

**Diferente es el caso de Søren Kierkegaard.** En *Diario de un seductor*, el esteta se representa en la figura de Johannes, maestro de la seducción, estratega de los sentimientos, refinado manipulador de la belleza y del deseo. Pero Kierkegaard no se limita a describir: él desenmascara. La estética, en su sistema, es la primera etapa de la existencia, una etapa fascinante pero insuficiente. El hombre estético está destinado a la desesperación, porque vive en el fragmento, en el instante, sin comprometerse nunca de verdad. La “conversión”, en Kierkegaard, no es un hecho biográfico sino existencial: es el salto de lo estético a lo ético, y finalmente a lo religioso. Es el paso de admirar la belleza a entregarse a la verdad.

**Lo que une estas trayectorias es una intuición profunda:** la belleza, si se toma en serio, conduce más allá de sí misma. El dandi, en su culto exasperado a la elegancia, descubre que el arte no basta para colmar el deseo humano. El esteta, en su intento de poseer lo bello, se da cuenta de que es poseído por ello. Y entonces se abre una fractura, o, mejor dicho, un umbral. No se trata de un simple retorno a la religión, sino de una metamorfosis de la mirada. La belleza ya no es un objeto que contemplar o dominar, sino un signo, un reflejo, una epifanía. Es lo que, en la tradición cristiana, se

llama "via pulchritudinis": el camino de la belleza que conduce a Dios.

**Quizá sea precisamente éste el destino último del esteticismo:** fracasar en el mundo terrenal, para triunfar y renacer en el celestial. Consumirse en la propia vanidad y en los lujos, para dejar que surja una pregunta más grande. Porque, al fin y al cabo, el verdadero dandi no es aquel que construye su propia imagen, sino aquel que, atravesando todas las imágenes, llega a la realidad. Y la realidad, para estos hombres inquietos y refinados, ha acabado teniendo el rostro de Dios. Hacer de la propia vida una obra de santidad en lugar de una efímera obra de arte es la misión más grandiosa a la que un hombre puede ser llamado.